



Jano salva el mundo

Lola Llatas

Ilustraciones de
Mapy Hernández



álgar



1

Jano... Hawaiano

Si alguien me hubiera dicho hace tan solo un par de semanas que Amaya y Beatriz Torres iban a convertirse en mis hermanastras, le habría dicho que estaba majara y que es más fácil que nieven patatas fritas en el Polo Norte. Pero sí: Amaya y Beatriz van a convertirse en mis hermanastras.

Y mucho.

Resulta que su padre y mi madre llevan saliendo un tiempo y ahora quieren ir más en serio. ¡Comprometerse! Pero ¿¿por qué?! ¡Los médicos nunca le recetan a nadie que se tome las cosas en serio! Siempre dicen que hay que vivir alegres, comer tres piezas de fruta y caminar media hora al día.

Amaya y Beatriz son las gemelas más rastreas que hay en el mundo. ¿Que no? Pues verás:

acompañame hasta la clase de quinto A. Está ahí al lado, solo tenemos que caminar hasta el final del pasillo, torcer en esta esquina y...

¡Son esas! ¿Las ves? Sí, inconfundibles, las únicas que están repetidas. Las de las gafas de pasta roja y el jersey tan moderno. Amaya tiene la nariz un poco más respingona, y Beatriz, más pecas que su hermana.

O al revés.

Pero hay algo cierto al cien por cien, y es que Amaya es la repelente, y Beatriz, la listilla (esto lo puedes leer así: *Imiyi is li ripilinti* y *Bitriz, li listilli*), aunque, ahora que lo pienso, las dos son repelentes y listillas; es decir, *ripilintis* y *listillis*.

No, que no es que sea un exagerado ni un maniático que va por ahí hablando mal de la gente y pronunciando las palabras con la letra *i* todo el tiempo. Resulta que estas dos, a las que todos sus compañeros, e incluso los míos en quinto B, adoran como si fueran las más simpáticas e ingeniosas del mundo, me han estado haciendo la vida imposible desde que se mudaron a principio de curso, y ya estamos en abril.

¡Hasta me han puesto un apodo y ahora todo el mundo me llama Jano Hawaiano!

Pero ¿qué he hecho para que la tomen conmigo?

Y ahora serán mis hermanastras. No me lo puedo creer. ¡Estoy viviendo una pesadilla!

—¿Con quién hablas, Jano Hawaiano?



¡Menudo susto! Este flaco que acaba de aparecer con el flequillo por los ojos y los hombros caídos es mi mejor amigo. Se llama Ramiro.

—Con nadie —contesto.

Pone su cara de no creerme, que es con la que más veces me mira últimamente.

—Hablabas con alguien. Decías que no te lo podías creer y algo de una pesadilla. O una peladilla. O una empanadilla.

—Imposible —aseguro, intentando que no se me note que miento.

—¿Y a quién vigilas?

—No vigilo a nadie.

Me mira de arriba abajo y entonces me doy cuenta, al verme reflejado en su ortodoncia, de que estoy agazapado en actitud bastante sospechosa tras uno de los maceteros que decoran los pasillos del cole, y que a lo mejor sí que parece que esté vigilando a alguien. A Imiyi y Bitriz.

—Desde luego, Hawaiano —me dice—. Yo no sé por qué la has tomado así con ellas. Son majas.

Me pongo en pie de un salto y me llevo las manos a la cabeza. Menudo pedazo de aparato de los dientes se gasta Ramiro. Me veo de cuerpo entero con la cabeza más gorda, como cuando te miras en un grifo o una bombilla.

—No me llames Hawaiano, Ramiro Quetemiro —me burlo—. ¡Y no son *mijis*, digo, majas! Te recuerdo que

son las mismas que se inventaron que se me había escapado un pedo en clase de gimnasia.

Ramiro sonrío abiertamente y dice que sí con la cabeza. No puede evitar reírse. A veces es muy borde.

—Eso estuvo gracioso.

—Pero era mentira.

—Y gracioso, no me digas que no.

Aprieto los puños al pensarlo.

—Y las que restregaron ajo en mi bocata de queso para que me oliera el aliento a rayos.

Ramiro suspira y mira al techo.

—Eres un poco exagerado, Jano —dice—. Son bromitas sin importancia. Las pobres son nuevas y tienen que adaptarse.

—Pues se han adaptado espectacularmente a mi costa —me quejo.

Pero Ramiro va a lo suyo.

—Además, lo del pedo te ha dado bastante popularidad. La necesitabas. No es que vayas sobrado de colegas..., y ahora no hay



nadie en el cole que no se sepa tu nombre. Los de primero te eligieron como personaje del mes por encima de Bob Esponja.

—Ni me lo recuerd...

Pero en ese momento, alguien nos interrumpe. ¡Adivina quiénes! ¡Sí! ¡Ellas!

Se han detenido con los brazos en jarra frente a nosotros, y su séquito, formado por al menos cinco chicas con los labios apretados y cara de mala uva, las imita.

—Pero si es Jano Hawaiano —dice Amaya. Sé que es ella por la letra A que le cuelga de la ridícula pulsera que lleva en la muñeca y que brilla y se mueve de un lado a otro. Aparto la vista al instante, no me vaya a hipnotizar.

—¡Pero si son las gemelas... Torres! —replico, fastidiado porque no se me ocurre un apodo con el que devolverle la jugada.

Se miran las unas a las otras y miran a Ramiro, que sonrío rojo como un tomate y con cara de tonto. Si no fuera porque Ramiro es mi amigo y nunca me haría algo así, pensaría que está colado por Beatriz. Pero eso es imposible, ¿no? ¿Es imposible? ¡Que alguien me diga que es imposible!

—¡Ramiro! —lo llamo, dándole un codazo.

Y Ramiro, por suerte, reacciona. Las chicas, séquito incluido, se echan a reír.

Beatriz es la que habla ahora:

—Jano Hawaiano, nos ha dicho un pajarito que han visto tu mochila enganchada en las ramas altas del ciprés. El conserje Luis está hecho una furia. Buena suerte...

Y se van, y nos dejan a mí con la boca abierta de puro asombro y a Ramiro colorado como un fresón y diciéndoles adiós con la mano.

¿En las ramas del ciprés?

—Qué simpáticas —me dice mi amigo volviéndose hacia mí—. ¿Ves como eres un exagerado y son muy simpáticas?

¡No me lo puedo creer! ¡En el ciprés otra vez!

Agarro a Ramiro por el pescuezo y salimos a toda prisa al patio. Nos dirigimos al árbol y no tardo ni un segundo en ver mi mochila colgando de una de las ramas altas, y yo me pregunto cómo narices lo habrán hecho.

¡Ya es la quinta vez!

—Me las van a pagar —amenazo.

Ramiro traga saliva. Observa la mochila, que ondea allá arriba. Los de baloncesto se ríen cuando me miran de reojo.

—¿Cómo sabes que han sido ellas? —me pregunta Ramiro.

—¡Pues porque me la tienen jurada! ¡Y porque las últimas cuatro veces lo han confesado en nuestra cara!

—Tiene sentido. Si lo han hecho cuatro veces antes, pueden hacerlo una más.

—Tú no estarás coladito por Beatriz, ¿no? —le pregunto mirándolo fijamente.

Y él dice que no muchas veces con la cabeza, tantas y a tal velocidad que el flequillo se le levanta y por fin le veo los ojos. La ortodoncia, al reflejar el sol, es como cuando ves los coches pasar muy rápido y parecen rayos de luz.

Vale, le creo.

Pero en ese momento llega el conserje y me agarra del pescuezo. Cuando miro hacia el edificio, veo a Amaya y a Beatriz. Se están riendo y nos señalan. ¡Ellas!

—Y ahora —dice el conserje—, creo que será mejor que vayamos a contarle todo esto a la directora.

—Conserje Luis —me defiendo—, le juro que yo no he sido. Yo no he podido ser. He estado todo el rato con Ramiro. Ramiro, díselo. Dile que tú...

Pero, cuando miro a Ramiro, está embobado y saluda a las gemelas con la mano. Ramiro es mucho de devolver el saludo a la gente. Menos mal que me ha dicho que no le gusta Beatriz, porque, si no, sospecharía.